

Josefina Araos, historiadora.

Josefina Araos: “Tal vez la tarea sea rehabilitar las formas que configuraron la esfera pública”

Quizás no haya que pedirles a las redes sociales —cuyas características no parecen favorecer la deliberación— ser un espacio de deliberación y democracia, y más bien debamos aprender a hacer un uso limitado de ellas, a regular a sus controladores, así como sus vínculos con otras instancias de poder. Pero no hay que ser ingenuos: eso demorará y habrá que atravesar entre tanto tiempo oscuro donde esas redes mostrarán sus implicancias, con efectos destructivos como el que vemos en el acorralamiento actual de los medios tradicionales o en el impacto social y psicológico en niños y adolescentes.

Sin embargo, tengo la impresión de que ya hemos empezado a tomar conciencia de sus variantes más nocivas. Por algo hemos pasado en quince años del optimismo más infantil a una mirada directamente escéptica: para la primavera árabe en 2010 las redes sociales auguraban un mundo de empoderamiento ciudadano y democrático, mientras que hoy advertimos no solo el ensimismamiento y adicción que provocan, sino también a quiénes pertenecen, y cómo pueden volverse instrumentos para manipular y dirigir a la sociedad.

Si ayer debíamos resistir la ingenuidad, hoy quizás también debamos evitar la interpretación más apocalíptica: fenómenos inquietantes como el de Donald Trump en Estados Unidos se explican por el poder de las redes sociales en su peor versión, pero también por el descontento ciudadano con una política y unos medios que antes de las redes habían comenzado a mostrar sus proclamas. Es apenas un ejemplo, pero sirve para mostrar que no hay un tiempo dorado al que volver, sino un desafío propio de cada época.

Tal vez la tarea principal hoy día sea rehabilitar las formas previas que configuraron hasta hace poco a la esfera pública, más que intentar transformar las redes en algo diferente. Que las pongamos en su justo lugar, de manera de recordar, de probar, que un modo distinto de pensamiento y conversación —de experiencia de lo real— es posible.

Josefina Araos es magister en Historia, investigadora del IES, columnista y autora del ensayo “El pueblo olvidado”.

Mauro Basaure, sociólogo.

Mauro Basaure: “La esperanza no reside en ‘apagar’ las redes, sino en domesticarlas”

Para Habermas, la esfera pública sirve para generar opiniones públicas informadas que preparen decisiones colectivas; no exige unanimidad, sino un intercambio abierto de razones (y desacuerdos) que los ciudadanos puedan evaluar. Los debates televisivos tienen esta relevancia. Las plataformas, en cambio, muchas de las cuales distorsionan esos debates, no son simples “medios”. Son empresas que monetizan datos y capturan atención mediante algoritmos; este diseño fragmenta la conversación, crea cámaras de eco y convierte el debate en plebiscitos de “likes”.

La esperanza no reside en “apagar” las redes, sino en domesticarlas. ¿Cómo? Con reglas que las obliguen a asumir deberes de responsabilidad editorial: transparencia algorítmica, trazabilidad de fuentes, acción ante la desinformación y correcciones visibles, obligaciones que por lo demás ya existen para prensa y la radiodifusión. Hay que ser claros en que la información no es una mercancía cualquiera.

En paralelo, es necesario sostener la infraestructura deliberativa: medios públicos robustos y una prensa de calidad —hay hoy pesados por la lógica de plataformas— siguen siendo los que proveen contexto, verificación y agenda. Además, las instituciones pueden exigir apertura de datos para investigación independiente y auditorías públicas de impacto, de modo que la sociedad conozca cómo se jerarquiza lo que ve y qué se invisibiliza. Sin luz en este sentido, no hay contrapoder ciudadano. Eso es clave.

El otro frente es el cultural. La digitalización nos volvió autores tanto como lectores, como con la imprenta, aprender ese rol toma tiempo. Hace falta educación cívico-digital (argumentar, citar, distinguir hechos de opiniones, escuchar a los que no piensan igual) y rediseños que privilegien razones sobre reacciones: reflexión crítica antes de compartir, exposición a posiciones cruzadas, incentivos a explicar por qué se sostiene una perspectiva.

Hay cosas que no se han entendido de Habermas. Él no sostiene que el conflicto sea un fallo del debate; bien canalizado, es el motor que mejora nuestras convicciones. Lo que la democracia requiere es un flujo de controversias públicas filtradas por estándares de calidad, no una armonía o consenso artificial a toda costa.

¿Hay esperanza? Sí, pero en la medida que se entienda la deliberación como tarea compartida: institucional (reglas e incentivos), profesional (periodismo y ciencia cívica) y ciudadana (hábitos). Adaptarnos significa construir una esfera pública digital inclusiva en la que todos puedan hablar, pero donde nada valga solo porque “circula”, sino porque puede ser puesto a prueba por cualquiera.

Mauro Basaure es sociólogo, doctor en Filosofía y director del Doctorado en Teoría Crítica y Sociedad Actual de la Universidad Andrés Bello.

Cómo hacer de las redes sociales...

VIENE DE E1

asimiladora de las consonantes en su propio horizonte limitado de “conocimiento”, pero profesionalmente no filtrado, que preserva la identidad”.

Cuando hacemos un juicio, todos pretendemos que tenga una validez universal, es decir, más allá de mi propio horizonte, de mi privacidad. Así entramos en el debate público, cada quien con sus convicciones. El asunto es que en la nueva esfera pública no es posible deliberar, dialogar sobre la pretensión de verdad de los juicios que hacemos. Cada quien anda con su privacidad a cuestas. Es un espacio “semipúblico”, ni público ni privado.

JÜRGEN HABERMAS

UN NUEVO CAMBIO ESTRUCTURAL DE LA ESFERA PÚBLICA Y LA POLÍTICA DELIBERATIVA
Jürgen Habermas
Trotta, 2025, 112 páginas. Desde esta semana en prosapolítica.cl
FILOSOFÍA

una polarización persistente de la esfera pública desde el momento en que el Gobierno y gran parte del partido gobernante se fueron adaptando a la autopercepción de un presidente que triunfaba en los medios sociales y que buscaba a diario la aprobación plebiscitaria de sus seguidores populistas”.

Habermas aboga por “garantizar una estructura mediática que asegure que la esfera pública sigue siendo inclusiva y que la formación de la voluntad política y de la opinión de los ciudadanos se mantiene en los cauces deliberativos”. Es un “imperativo constitucional”, asegura. La pregunta es si es posible y cómo.



Jürgen Habermas, filósofo alemán, nació el 18 de junio de 1929.

“Las noticias falsas ya ni siquiera pueden identificarse como tales”, dice Habermas.

Gabriela Arriagada-Bruneau: “La esfera pública siempre ha sido un proyecto inacabado, se construye y reconstruye”

Habermas comienza recordando que la esfera pública nunca ha sido un espacio completamente inclusivo o perfectamente racional, sino una estructura aspiracional sostenida por instituciones y expectativas culturales orientadas al intercambio de razones. Lo que preocupa en el contexto actual es la erosión de esas condiciones. La expansión de plataformas digitales ha multiplicado las oportunidades de expresión y participación, pero al costo de fragmentar la comunicación en micro-esferas aisladas, configuradas por algoritmos que filtran contenidos según preferencias previas. Esta fragmentación debilita la base intersubjetiva necesaria para la formación de una voluntad política común.

La ampliación de voces no condujo automáticamente a la creación de una esfera pública deliberativa. La velocidad, la inmediatez, la lógica de la viralidad y el diseño algorítmico premian lo emocional y lo polarizante, fragmentando el espacio común. La conversación pública deja de ser un esfuerzo compartido para comprendernos y se convierte en una lucha por atención y reconocimiento.

Por eso Habermas habla de un “imperativo constitucional”: no basta con esperar que la gente “use mejor” las redes. La deliberación no ocurre de manera espontánea. Para que exista deliberación deben darse ciertas normas y mediaciones: accesibilidad inclusiva, orientación hacia la verdad y justificación recíproca, reconocimiento del otro, y mecanismos para filtrar información confiable. Necesita por sobre todo una cultura de escucha y de flexibilidad moral, algo que las plataformas actuales rara vez fomentan.

Pero la historia no está cerrada. La esfera pública siempre ha sido un proyecto inacabado, algo que se construye y reconstruye. Podemos imaginar redes diseñadas para acercar perspectivas distintas, algoritmos que prioricen la diversidad informativa antes que la intensidad emocional, espacios moderados comunitariamente en los que la conversación no se degrade. También podemos enseñar, en la escuela y en la vida cotidiana, que la democracia no se sostiene solo en el voto, sino en la capacidad de argumentar y ser persuadidos, y del desarrollo virtuoso de nosotros como ciudadanos.

La esperanza no está en abandonar la tecnología ni en idealizar un pasado que tampoco fue perfecto, sino en reaprender a encontrarnos. Si logramos que las redes habiliten nuevamente la posibilidad de reconocernos como interlocutores, entonces la plaza pública podrá reabrirse, ahora en otro formato, pero con la misma aspiración: que la palabra compartida sea el punto de partida para decidir juntos qué mundo queremos habitar.

Gabriela Arriagada-Bruneau es doctora en Filosofía, especializada en ética aplicada de la IA, profesora de la Universidad Católica de Chile y autora del ensayo “Los sesgos del algoritmo”.

Gabriela Arriagada-Bruneau, filósofa.



Valeria Campos: “Necesitamos complementar el uso de las redes sociales con la relación directa y sin mediación con la diferencia”

Las redes sociales han pasado de hecho a convertirse en una nueva versión de la esfera pública, pero les falta mucho para constituirse de derecho en dicha esfera. Por tres razones al menos. Primero, porque generan espacios públicos solo a partir de criterios individuales. Es conocido el hecho de que cada uno de nosotros tiene comunidades diferentes en sus redes, producidas por un algoritmo que asocia contenidos solo por semejanza. No hay realmente espacio para la diferencia y, por tanto, para la pluralidad, esa condición esencial de lo político, como decía Hannah Arendt.

Por otro lado, como dice Habermas, la esfera pública requiere de la prensa, es decir, de un ejercicio contundente, crítico y libre del oficio periodístico. Hoy, como ha señalado agudamente Alejandra Matus, el “periodismo ha muerto”, pues ya no existe posibilidad de financiar salas de prensa sin que dicho financiamiento intervenga decisivamente en la libertad de investigar. Además, dado que las redes sociales suponen un cambio de paradigma en la historia de los medios de comunicación —el último lo produjo la televisión—, los medios tradicionales donde se ejercía la función periodística están aún en proceso de adaptación a los nuevos soportes de *broadcasting*. Estos dos factores —falta de financiamiento y transformación de los soportes— hacen que la prensa ande perdida, que los periodistas no sepan bien cuál es su función o cómo ejercer la antigua misión de ser *watchdogs* de la sociedad. Lo que tenemos hoy es periodismo de bajísimo nivel, que toma contenidos de las redes y solo los replica, que no produce investigaciones y no aporta a la formación de opinión pública.

Por último, la extrema virtualización del

espacio público también es problemática. Por un lado, permite vencer la imposibilidad de que todos podamos encontrarnos, en carne y hueso, en el mismo espacio geográfico y temporal. Pero, por otro, ha descorporalizado lo público y lo político. Es decir, ha disminuido la posibilidad de afectarnos profundamente con la presencia del otro. En las redes, podemos ser *haters* sin enfrentarnos en tiempo y espacio real y sincrónico una réplica y una objeción, lo que promueve la impunidad en los discursos de odio y no permite desarrollar una capacidad de diálogo profunda. Dialogar con el otro es un arte y un trabajo, no es algo ganado solo por el hecho de aprender un lenguaje. Dialogar con el otro, socializar con él también en el plano de los afectos, es un desafío que requiere mucho esfuerzo, y que nuestras generaciones actuales ya están creyendo que no es necesario desarrollar. El resultado son seres humanos interconectados, pero solos.

En síntesis, necesitamos complementar el uso de las redes sociales con la relación directa y sin mediación con la diferencia, con una reorganización y resignificación de la labor periodística y con la ocupación del espacio físico de la ciudad, lugar de encuentro y aprendizaje comunitario.

Valeria Campos es doctora en Filosofía y periodista, es profesora de la Universidad Católica de Valparaíso y autora del ensayo “pensar/camer”.

Valeria Campos, filósofa.

